

EL ARTE DE IMPRIMIR LOS OFICIOS TIPOGRAFICOS EN LA CIUDAD DE SAN JOSE, 1830-1960

*Mario Samper K., José Manuel Cerdas A., Ronny Viales H.,
Javier Agüero y Rafael Cordero.**

Introducción

El propósito central de este ensayo colectivo es estudiar el desarrollo de los oficios tipográficos en la capital de Costa Rica desde la introducción y expansión inicial del invento de Gutenberg en el país, a partir de 1830, hasta el surgimiento de una muy diferente organización técnica y social del trabajo en esta rama industrial después de 1960, con lo cual se completó una etapa fundamental en la historia de las ocupaciones tipográficas tradicionales. En el lapso

* Miembros del equipo de investigadores del proyecto "Enlace de archivos nominales para la investigación histórico-social", encargados de este primer estudio de caso. Dicho proyecto fue ejecutado en el Centro de Investigaciones Históricas de América Central, de la Universidad de Costa Rica, entre 1994 y 1996.

intermedio, entre las décadas finales del siglo diecinueve y las primeras del veinte, se incrementó notoriamente la producción de impresos, se introdujeron gradualmente nuevas tecnologías, varió la organización empresarial, cristalizaron algunas tradiciones ocupacionales, y el arte u oficio de la impresión tuvo una considerable significación social.

A lo largo del período estudiado, intentamos caracterizar cinco aspectos básicos relacionados con tales procesos, a saber:

- a) la tecnología de composición, impresión y encuadernación en los diferentes talleres e imprentas;
- b) la estructura económica de la rama, sobre todo en lo concerniente a los principales tipos de empresas, su ubicación geográfica e interrelaciones y el funcionamiento del mercado;
- c) las condiciones laborales, posibilidades de independizarse y movilidad social de quienes participan de una u otra forma en la actividad tipográfica;
- d) la trayectoria laboral (reclutamiento, aprendizaje, secuencia de ocupaciones) de los tipógrafos y la transmisión intergeneracional del oficio de impresor;
- e) los procesos organizativos, reivindicativos y de participación política de quienes conforman este gremio, así como sus formas de sociabilidad, su autopercepción colectiva y el cambiante prestigio social de los oficios tipográficos.

Tal será, tras presentar la problemática, el orden de los temas a tratar. Para cada uno, se explorarán las permanencias y transformaciones en tres subperíodos, con fechas divisorias provisionales hacia 1880 y 1930. Como veremos, tal subperiodización adquiere significados bien distintos y una mayor o menor nitidez según sea la temática tratada, pues en algunos aspectos hay fuertes continuidades, y los momentos de ruptura o transición no siempre coinciden. Se trataba, en un principio, de una suerte de hipótesis de periodización, a la vez un modo práctico de organizar cronológicamente la pesquisa y el tratamiento de la información, que se reflejó en la forma de estructurar una versión anterior de

este trabajo, para luego ser cuestionada en un ejercicio de autocrítica colectiva. De allí que optásemos, para esta publicación, por presentar los resultados mediante el tratamiento de sucesivos ejes temáticos abarcando su evolución a lo largo del período, con referencia ocasional a la subperiodización cuando ella resulta pertinente.

Cabe aclarar que éste fue el primero de varios estudios de caso sobre tradiciones ocupacionales, inicialmente centrados en grupos de artesanos y artesanas de la ciudad de San José, aunque posteriormente se estudiaron también otros oficios urbanos y rurales, enfatizando en las trayectorias ocupacionales, el reclutamiento y aprendizaje de cada oficio y las continuidades o rupturas intergeneracionales.¹ La intención de este estudio sobre tipógrafos, como la de los subsiguientes, no ha sido desarrollar exhaustivamente la historia monográfica de un grupo social específico, sino explorar determinados aspectos de interés comparado, en particular aquellos relativos a las trayectorias, tradiciones y discontinuidades laborales intra y transgeneracionales, al interior de núcleos familiares y redes de parentesco.

Como anexo, incluimos un breve glosario histórico de términos técnicos referidos a la litografía, en lo atinente al caso estudiado. En la primera versión de este trabajo, presentada como ponencia al *III Congreso Centroamericano de Historia*, se incluyó asimismo una matriz por subperíodos, pero optamos por eliminarla al replantearnos posteriormente la estructura expositiva del trabajo y el papel de la periodización.² Con posterioridad a la versión antedicha de "El arte de imprimir", han circulado dos trabajos sobre temáticas afines.³ No obstante, salvo por el cambio ya explicado en lo relativo a la periodización, las ideas aquí presentadas son en lo esencial las que generamos como colectivo en aquel momento, algunas de las cuales fueron retomadas en trabajos de elaboración posterior.

Este primer acercamiento al tema pretende ofrecer un conjunto de planteamientos preliminares, parcialmente apoyados en estudios que se mencionan al aludir al estado del conocimiento sobre el tema, y nutridos también por nuestro trabajo con fuentes periodísticas, documentales y estadísticas, así como por los primeros resultados del enlace

de archivos numérico-nominales para 1844, 1904 y 1927.⁴ Se sustenta, asimismo, en las entrevistas extensas a seis tipógrafos así como otra colectiva a miembros de la Sociedad Tipográfica, aunque no se intentará reflejar ahora y aquí su gran riqueza testimonial.⁵ Tampoco es nuestro propósito presentar en este momento todos los resultados de esa investigación ni abundar aquí en detalles empíricos, sino ofrecer una caracterización e interpretación general, y dejar planteadas algunas ideas preliminares para una discusión comparada posterior.

Este estudio sobre los impresores formaba parte del proyecto más amplio, el cual se propuso como objetivo ulterior contrastar la evolución histórica de varios oficios urbanos y rurales, enfatizando sobre todo los procesos de reclutamiento y aprendizaje de cada oficio, las trayectorias ocupacionales o historias de vida laborales de quienes los ejercieron, las redes de parentesco y afinidad u otras redes informales en las cuales han participado, y las continuidades o rupturas en la transmisión del oficio de una generación a otra. Recientemente han circulado estudios de caso elaborados posteriormente para cuatro grupos ocupacionales por miembros del equipo de trabajo que impulsó el proyecto Enlace, así como un producto inicial de nuestra reflexión colectiva, en el cual se explica más ampliamente estos conceptos.⁶

En las páginas siguientes se hará una brevíssima referencia a algunos estudios anteriores, y luego se presentarán un par de interrogantes de las varias que nos interesa abordar, como también ciertas preocupaciones conceptuales que han ido surgiendo durante el proceso de investigación. Este será el preámbulo para el subsiguiente desglose temático, en el cual se trazarán los rasgos sobresalientes del cambio técnico, socioeconómico y organizacional a todo lo largo del período.

De libros, imprentas y periódicos: la pertinencia del rescate histórico de los tipógrafos

La historia del libro y del periódico ha ocupado un lugar importante en el desarrollo intelectual de la sociedad

mundial. Costa Rica no ha sido la excepción: la producción escrita —tanto nacional como importada— ha jugado un papel preponderante en la construcción de la historia sociocultural del país desde el período colonial. Para el caso costarricense, vale la pena citar los trabajos de Jorge Lines, Francisó María Núñez, Carlos Meléndez y Adolfo Blen, quienes se preocuparon por dilucidar las raíces históricas de la imprenta, de los periódicos y de los libros en la sociedad costarricense. Dado lo exiguuo de la producción histórica en estas áreas, los escritos de los autores citados se convierten en fuentes de consulta obligatoria.

La preocupación fundamental de las obras que se ocupan de esta temática reside en la trilogía: importación/producción-circulación-consumo de los textos, pero se descuida en gran medida la problemática social y laboral que se enmarca en el ámbito de la producción. La discusión sobre la llegada de la imprenta a nuestro país ha ocupado un sitio de honor en las discusiones históricas, pero se ha escrito menos sobre el desarrollo posterior de la producción de impresos, pero el interés central de esas obras no residía en la producción y sus actores. Aun así, presentan aportes interesantes para el desarrollo de nuestro tema de investigación. En ese sentido cabe mencionar aquí el trabajo de Iván Molina⁷ quien afirma que se dio una integración vertical en la producción tipográfica costarricense.

Los detalles de la evolución tecnológica en la rama de la impresión tampoco han constituido un interés central de los estudiosos, sino más bien un apéndice incluido en las obras de carácter general, las cuales privilegian la problemática de la comunicación social. Fue el trabajo de una periodista/historiadora, Patricia Vega,⁸ el que más se aproximó en uno de sus capítulos a una reconstrucción del proceso de producción de impresos para las décadas de 1830 y 1840.

Evidentemente, la producción tipográfica aumentó en forma muy significativa a lo largo del período desde 1830 hasta 1960, señalándose en reiteradas ocasiones como causas explicativas de este fenómeno, en primer lugar, el apoyo dado a la educación y, por otra parte, la relación entre el desarrollo del comercio y los partidos políticos, como fuente

de impulso en la producción de los periódicos. Al llegar tipógrafos extranjeros durante el siglo diecinueve, trajeron consigo una importante herencia de tradición tipográfica, y varios llegaron a convertirse en empresarios en esta rama.

Las primeras incursiones en la historia de los talleres tipográficos y el desconocimiento de su dinámica proyectaban una imagen de este oficio como actividad laboral casi exclusivamente masculina. Sin duda prevalecieron dentro de la fuerza laboral tipográfica los varones, pero recientemente se ha señalado la participación femenina, evidenciada por la creación de la Escuela Nacional de Tipografía (para mujeres) en 1906.⁹

Interesa, pues, ahondar en la trayectoria pretérita de los tipógrafos y las tipógrafas, como una forma de historia socio-ocupacional que empiece a personificar a los actores del proceso de producción escrita. Sin embargo, el propósito no ha sido simplemente elaborar una monografía ocupacional, sino acercarnos, a través de un estudio de caso y su posterior discusión comparada, a cuestiones más generales de la sociedad costarricense.

Interrogantes y abordajes

Los tipógrafos fueron escogidos como primer grupo ocupacional a estudiar en este proyecto, por cuanto constituían un conglomerado laboral claramente diferenciado e identificable, poco numeroso pero históricamente significativo, concentrado básicamente en la ciudad de San José y en unos cuantos oficios o especialidades interconectadas por la dinámica misma del proceso productivo. Ello permitió ensayar la estrategia metodológica, adelantar la reflexión conceptual y obtener una primera aproximación a preguntas que luego se retomaron en perspectiva comparada respecto de otras realidades socio-laborales. Así, fueron estudiados varios oficios más, algunos a mayor profundidad y otros mediante datos cuantitativos y cualitativos que permitieran contrastarlos entre sí en función de nuestras preguntas de investigación.

No es posible detallar aquí todas las interrogantes planteadas, los sucesivos acercamientos conceptuales a un

objeto de estudio que fue definiéndose más nítidamente en el transcurso mismo de la pesquisa, ni la metodología empleada con todos los reajustes que fue necesario ir haciendo. Nos limitamos, entonces, a una breve referencia sobre las cuestiones medulares que nos propusimos abordar exploratoriamente, y remitimos a la publicación colectiva mencionada en la nota 2 a quienes tengan interés en conocer mayores detalles al respecto.

Una de nuestras preocupaciones iniciales fue tender puentes interpretativos entre el estudio de grupos socio-ocupacionales específicos y el análisis macrosocial. Al principio pensamos que se requerían categorías intermedias entre "oficio" y "clase", pero nuestros esfuerzos por construirlas teórica y empíricamente generaron clasificaciones artificiales, con criterios de agrupamiento dispares y heterogéneas categorías residuales. Optamos, entonces, por estudiar grupos de oficios o especialidades objetivamente interconectadas por la organización técnica y social de la producción, aun cuando las características del trabajo realizado fuesen disímiles. El análisis comparado de tales agrupaciones de oficios, permite explorar sus afinidades y divergencias históricas para el caso costarricense, y abre la posibilidad de su contrastación con estudios sobre otras sociedades.

Conceptualmente, también nos interesa situar el estudio de los tipógrafos en relación con el desarrollo de las primeras industrias y la conformación de las clases trabajadoras urbanas en una sociedad predominantemente rural, en la cual el eje de acumulación giró en torno al capitalismo agrario pero el poder se ejerció desde las ciudades, y sobre todo desde la capital.

Al analizar estas y otras ocupaciones, hemos procurado relacionar explícitamente —en la medida de lo posible o apropiado— trabajo y parentesco, taller y familia, producción y reproducción, transgrediendo intencionalmente la cómoda pero a veces engañosa separación tajante entre la esfera de lo público y de lo privado. Claro está que en algunos oficios, como los tipográficos, los vínculos entre taller y hogar son más débiles o tenues, en comparación sobre todo con los trabajos artesanales realizados en casa por grupos familiares. Ello mismo plantea un contraste que invita a

reflexionar sobre sus implicaciones para las distintas modalidades de transmisión y reproducción del oficio.

En cuanto a la *pregunta central*, nos propusimos averiguar —en este caso para los tipógrafos— cómo surgen, se prolongan en el tiempo y llegan a interrumpirse determinadas continuidades ocupacionales entre parientes cercanos pertenecientes a dos o más generaciones. Creemos que el problema de la prolongación (o no) del ejercicio de un oficio de una generación a otra es importante por lo que nos puede decir acerca de cambios socioeconómicos y socioculturales que afectan la reproducción del trabajo. Además, consideramos pertinente explorar sus posibles relaciones con el papel de las unidades de producción y consumo familiares en lo que se refiere a las opciones laborales de sus miembros. Nos ha interesado, por consiguiente, conocer factores cruciales en la elección o imposición vocacional, el reclutamiento de trabajadores y el aprendizaje del oficio, así como precisar las relaciones de parentesco, vecindad u otras entre quienes laboran en un mismo taller o desempeñan el mismo tipo de trabajo.

Para abordar la cuestión inicialmente planteada, necesitamos reconstruir y analizar las trayectorias ocupacionales de individuos que ejercieron determinadas especialidades laborales y combinaciones o sucesiones de oficios, como también las de sus parientes inmediatos, ascendientes o descendientes. En fin, quisimos aproximarnos a una comprensión de los procesos de transmisión intergeneracional (o no) del oficio: ¿Por qué es ella más fuerte en determinadas ocupaciones que en otras? ¿Cuándo, cómo y por qué apareció, se reprodujo o desapareció cierta continuidad laboral transgeneracional? ¿De qué manera se diferenciaron socialmente, en cada actividad productiva específica, tales herencias socio-ocupacionales, v.g. entre empresarios o entre operarios? Todo esto nos lleva a sopesar la importancia relativa del parentesco y de otros mecanismos que participan en la conformación de grupos laborales, identidades gremiales y, finalmente, solidaridades de clase.

De estas preguntas se derivaron muchas otras, y una cantidad creciente de hipótesis en constante proceso de reelaboración, tanto en lo atinente a los oficios tipográficos

como a la comparación descriptiva y analítica con otras ocupaciones. Se tornó indispensable, asimismo, comprender mejor el respectivo contexto sociohistórico, en este caso el de los trabajadores industriales urbanos a lo largo del período, y reconstruir a grandes rasgos la evolución de cada oficio. Para ello se definieron inicialmente una docena de criterios, resumidos por último en los cinco ya mencionados, que nos remiten respectivamente a procesos tecnológicos, estructuras económicas, condiciones laborales, transmisión intergeneracional del oficio y relaciones sociales en que han participado quienes lo ejercieron.

La pesquisa siguió un modelo de investigación no exhaustiva, sin pretensión alguna de 'agotar' las fuentes primarias; se trataba más bien de obtener por la vía más expedita la información requerida para abordar las cuestiones planteadas en cada caso y hacer factible su comparación posterior. Por consiguiente, nos apoyamos en la medida de lo posible en fuentes secundarias para aprovechar al máximo el conocimiento ya generado, y en aquellas fuentes primarias impresas que pudiesen brindar el máximo de información pertinente (principalmente periódicos y estadísticas demográficas e industriales). Se utilizaron también bases de datos censales y registrales, aprovechando su información nominal a fin de hacer seguimiento de casos y análisis prosopográfico. Para las entrevistas, se escogió a personas de edad avanzada que ejercieron por largo tiempo una o más de las principales especialidades identificadas. Al procesar la información, se intentó triangular sistemáticamente entre las diversas fuentes, como también entre modos cuantitativos y cualitativos de tratar la información, y entre las perspectivas de los varios investigadores e investigadoras participantes en este trabajo colectivo.¹⁰

Tecnologías tipográficas

El desarrollo de los oficios tipográficos, como el de la imprenta, fue relativamente tardío en Costa Rica. Durante el período colonial no hubo en esta remota provincia del Reino o Capitanía General de Guatemala impresores ni equipo

Pese a su reducida escala, la tipografía fue un significativo componente urbano del escaso desarrollo manufacturero e industrial en aquella sociedad de base agraria, cuya riqueza —poca o mucha— provenía del campo, pero cuya elite económica y sociopolítica ejercía su poder desde la nueva capital.

Después de 1880 hubo cambios técnicos importantes en distintos rubros de la tipografía, aunque también se observan ciertas continuidades. Ciertamente, la introducción de nueva tecnología no impidió su coexistencia con sistemas anteriores. De hecho, la sustitución de equipos técnicamente desactualizados por otros más modernos en algunas imprentas, planteaba cuando menos la posibilidad de la adquisición de aquéllos, a un costo menor, por parte de pequeñas imprentas que atendían otros segmentos de mercado y tenían distintos requerimientos en cuanto al volumen de trabajo.

En lo que se refiere a las tareas de composición, a fines del siglo diecinueve se siguió utilizando el tipo móvil de las cajas. Luego, en 1908, se introdujo el linotipo a la *Imprenta La Información*. Este aparato levantaba texto en líneas de plomo en caliente. El trabajo de los linotipistas era más eficiente que el de los cajistas, pues, dependiendo del modelo del linotipo, un operario calificado podía hacer el trabajo de tres a seis cajistas.¹¹ El linotipo se introdujo primero en los periódicos y después en el resto de las imprentas, y en estas últimas no desplazó del todo a los cajistas, pues estos hacían un trabajo más fino y de mayor calidad.

El fotograbado, basado en las técnicas fotográficas y químicas, era el procedimiento más usado en el montaje de figuras ya entrado el siglo veinte. Mientras tanto, la litografía era todavía un arte hecho en planchas de piedra, que seguía siendo ejercido por algunos trabajadores especializados todavía en la década de 1920.

En la impresión continuaron utilizándose máquinas manuales (las llamadas “tarjeteras”), pero luego, gracias a adaptaciones hechas por los mismos impresores, fueron motorizadas, mediante la aplicación de energía de vapor (a finales del siglo diecinueve) o un motor eléctrico (después

del fin y principio de siglo). Luego de estas pruebas tecnológicas, durante el siglo veinte se introdujeron las máquinas planas mecánicas, después las cilíndricas y posteriormente las rotativas. Todas estas ya venían con motor desde su fabricación, y quienes las operaban podían producir un número mucho mayor de impresos en el mismo lapso.

Las encuadernaciones fina y rústica eran realizadas con pocas herramientas, y siguieron siendo oficios eminentemente manuales en los cuales importaba y servía como criterio diferenciador la habilidad artesanal. Para los empaques sólo se ocupaban una prensa, una cuchilla, una plegadora y una guillotina.

Finalmente, todas las tecnologías anteriores coexistieron unas a la par de las otras, pues no hubo una sustitución total de las labores y equipos precedentes por una máquina más moderna. Al contrario, las tecnologías antiguas servían de apoyo a las nuevas adquisiciones, y atendieron requerimientos diferenciados.

Con respecto al último período, en los años treinta y cuarenta, el cambio técnico en la tipografía costarricense fue limitado, pero hacia el final hubo transformaciones muy significativas.

En relación con las labores de la composición, después de 1930 continuó utilizándose, sobre todo en imprentas menores, el sistema de tipos sueltos o móviles, labor que efectuaba el cajista manualmente, como ya fue indicado. Por su parte, la composición mecánica, que ya se había iniciado en nuestro país a principios del siglo veinte y se realizaba por medio del linotipo, se expandió especialmente en los periódicos. Las técnicas más utilizadas para las ilustraciones fueron las de clisés o grabados; ambas seguían realizándose por medio de tramas o técnicas de fotograbado, respectivamente.

La técnica litográfica conservó, inicialmente, mucho de su anterior estado de desarrollo, pero los cambios en este campo se vienen a mostrar decisivos al abandonarse el uso de la piedra y generalizarse para los años cincuenta la fotolitografía. Desde ese entonces, los motivos gráficos y los textos se efectúan sobre papel, se

fotografían y se trasladan a una lámina de metal (zinc, por ejemplo).

En lo referente a la impresión, al trascender el umbral de 1930 los cambios tampoco fueron, inicialmente, muy relevantes: siguieron utilizándose las prensas manuales, grandes o pequeñas (tarjeteras), a las cuales se habían adaptado motores en algunos casos, como ya se indicó para principios de siglo. Sin embargo, también se emplearon prensas semi-automáticas, con alimentación manual por parte de un operario y el movimiento motorizado para la impresión propiamente dicha; y luego se introdujeron otras plenamente automatizadas, en que hasta la alimentación la realiza la máquina. Coexistieron las prensas planas, por ejemplo las tipo Minerva, con las cilíndricas y las rotativas, éstas últimas de mayor uso en los diarios. En todos estos casos, el método de impresión era el de *relieve*; es decir, los relieves altos se entintaban, ya fuese manual o mecánicamente.

Después de 1930, todavía la impresión en litografía se realizaba por medio del "sistema plano", basado en el principio de la repulsión de la tinta-grasa y el agua. Este mismo principio sería el utilizado cuando se introdujo la impresión por *offset* o rotocalco, el complemento de la composición fotolitográfica, el cual resultó ser el avance técnico más notable en la impresión durante nuestro período, ya que termina desplazando a la tradicional litografía a partir de la década de 1950.

La encuadernación mantuvo en el segundo tercio del siglo veinte muchas de las características anteriores a 1930. Se conservó la separación entre la rústica y la fina. La primera estaba fundamentalmente dedicada a coleccionar y encolar bloques, efectuar empastes sencillos y realizar otras labores poco calificadas, algunas de papelería. De nuevo en esto no será sino hasta los años cincuenta cuando surjan cambios tecnológicos significativos mediante la introducción de cortadoras de papel (guillotinas) semi-automatizadas y un predominio de los empastes en rústica, por encima de la encuadernación propiamente dicha. Pero en general, las técnicas de esta especialidad continúan caracterizándose por su manualidad y artesanismo, y la encuadernación fina persiste como labor artesanal especializada.

Los procesos técnicos nuevos que hemos venido señalando para las décadas intermedias del siglo, especialmente en el campo de la composición y la impresión, produjeron efectos negativos en aquellas especialidades que quedaron desplazadas, pues no era fácil que, por ejemplo, un litógrafo en piedra o un cajista, ambos con larga experiencia laboral, pudiera capacitarse en el manejo de la nueva tecnología y emplearse luego con las mismas condiciones laborales anteriores. Esto es interesante porque el cambio técnico podía constituir, y de hecho constituyó en determinados momentos, un elemento significativo de ruptura o discontinuidad ocupacional.

La información dada por los entrevistados nos corrobora que en los establecimientos grandes la división técnica era mucho mayor. Así, por ejemplo, los espacios físicos de la imprenta, la litografía y la encuadernación, en general, estaban bien separados. Esto ocurría de manera distinta entre los pequeños establecimientos, pues cuando reunían más de uno de los procesos especializados, éstos se realizaban en el mismo espacio. Sin embargo, algo común entre las pequeñas es una especialización que les permite complementarse entre sí: talleres para imprimir, otros para encuadernar, otros para la litografía, etc.

A lo largo de todo el período desde 1830 hasta 1960, hemos observado procesos de cambio técnico basados en innovaciones en varias fases del proceso de impresión, mediante la introducción de nuevos equipos, procedimientos, materiales y especialidades. Notamos, por otra parte, que tales transformaciones no significaron el desplazamiento completo de los antiguos sistemas, que por mucho tiempo encontraron nichos en los cuales pervivieron establecimientos tipográficos que los emplearon para atender requerimientos específicos del mercado de impresos y modos de producir más acordes con las posibilidades de impresores que operaban a menor escala. Así, constatamos una creciente diferenciación tecnológica entre diversos tipos de establecimientos en el ramo tipográfico. Pese a tales diferencias de escala, maquinaria, infraestructura y complejidad del

proceso productivo, en términos generales el equipamiento requerido por cualquier imprenta trascendía las dimensiones de un taller doméstico, y el proceso de trabajo era más industrial que artesanal en lo que se refiere a la división del trabajo y el empleo de máquinas-herramientas. Sólo en la encuadernación puede afirmarse que existía la posibilidad real de una producción artesanal doméstica, aunque las mayores imprentas tenían sus propios departamentos de encuadernación rústica y fina. De allí que predominase, en el conjunto del ramo, una clara separación entre los espacios domésticos y aquéllos en los cuales se realizaba la producción de impresos.

Estructura económica, empresas y mercados

Uno de los rasgos sobresalientes de la estructura económica del ramo de la tipografía, en el medio siglo después de su introducción al país, fue precisamente su fuerte concentración geográfica en la ciudad de San José. Allí se establecieron las primeras imprentas, y hacia 1880 las mismas todavía se encontraban en esa ciudad, circundada de cafetales, siempre pueblerina pero cada vez más próspera y con funciones urbanas bien definidas, entre ellas la producción de impresos.

El número de imprentas fue bastante bajo durante las décadas intermedias del siglo diecinueve. A las cuatro que se establecieron en la década de 1830, todas en la ciudad capital, se añadieron unas pocas más, principalmente en Cartago y Alajuela. La cantidad de establecimientos tipográficos que operaban para entonces en San José parece haberse mantenido más o menos estable, y las ubicadas en ciudades de provincia no superaron en número a las capitales, según los reportes oficiales y otros datos disponibles. En total, el censo de 1883 registró siete imprentas y un taller de encuadernación.

Pese a que los principales equipos e insumos eran importados, la actividad tipográfica generó algunas interconexiones con otros talleres locales, v.g. con las herrerías donde se reparaban y fabricaban los tipos y ciertas piezas

metálicas de las prensas, o con ebanisterías donde se hacía otro tanto con las piezas de madera y el mobiliario.

La demanda de impresos producidos en el país, sin necesidad de enviar los escritos al exterior con la consiguiente demora por la lentitud del transporte, fue incrementándose gradualmente en la transición de Estado federal a República independiente. Al ahorro en tiempo y costo se sumó el mayor control local sobre la generación de impresos, ya fuese por parte de empresarios privados o del propio gobierno.

La imprenta del Estado costarricense participó activamente en la producción de impresos, publicó la mayoría de los periódicos y de las obras editadas en el país antes de 1880, y fue asimismo el cliente más importante de varias imprentas privadas.

Desde el principio se hicieron diversas publicaciones oficiales, pero también fueron apareciendo sucesivamente varios periódicos (más de 25, aunque en su mayoría de corta vida, en esos 50 años). La transformación de la Casa de Enseñanza en Universidad de Santo Tomás (1843-1888) debe haber incrementado la demanda de libros, y si bien la instrucción formal estaba circunscrita a una minoría, se requería de cierta cantidad de textos educativos. Algunos podían ser importados, pero otros —como las historias patrias y otros opúsculos de autores nacionales— se escribían en el país y resultaba conveniente publicarlos también en él. Por otra parte, la demanda tradicional de publicaciones religiosas, obras literarias y lecturas de interés general, abastecida hasta entonces desde el exterior, comenzó a suplirse parcialmente mediante la impresión local.¹² La reforma educativa liberal de la segunda mitad del siglo diecinueve también generó un efecto positivo, aunque cuando su impacto en términos de educación secundaria sólo benefició a una minoría muy selecta.

Las imprentas de aquel tiempo eran casi todas bien pequeñas; sólo la del Estado llegó a tener alrededor de una docena de trabajadores permanentes en las décadas iniciales. Sin embargo, dado el creciente número de impresos, es probable que hubiese algún incremento en la escala productiva de las tipografías existentes, tanto por mejoramiento en los equipos como mediante la contratación de más operarios.

En las primeras imprentas privadas podía laborar el propietario o algún otro miembro de su familia, pero también había maestros, oficiales y ayudantes asalariados. Al aumentar su escala, el trabajo familiar tendió a estar circunscrito a la gestión empresarial y la administración, en tanto que el personal de los talleres trabajaba usualmente por un salario.

El volumen de trabajo en los establecimientos tipográficos públicos y privados variaba durante el año, con épocas "pico" como la entrada a clases, la época navideña y el período de campañas políticas, momentos en que el personal permanente no daba a basto. En tales casos, se recurría a la contratación de trabajadores temporales, llamados "supernumerarios" en el caso de la *Imprenta Nacional*. No está del todo claro si estos operarios, bastante bien remunerados por cierto, eran atraídos de otras imprentas o si se trataba de personas que combinaban el trabajo tipográfico ocasional con otras ocupaciones.

En un principio, los tipógrafos no eran tan especializados como para que este arte u oficio fuese su único medio de sustento y lo declarasen como tal. Hay tempranas referencias a la combinación del trabajo tipográfico con la agricultura u otros menesteres, en el caso de los operarios, y los propietarios de imprentas solían tener otras actividades productivas (especialmente la caficultura), como también mercantiles (v.g. el comercio de libros, pero también de otras mercancías), y además podían ocupar puestos públicos cuando eran afines al grupo gobernante.

Llama la atención que en el censo de 1844 solamente aparecen dos "impresores", ambos en la ciudad de San José. Es de suponer que se trataba de maestros impresores, o quizás propietarios de imprenta. Salvo omisión censal, los operarios tendrían que estar incluidos entre los pocos "oficiales" o "artesanos" que se registraron en esa oportunidad. En todo caso, no constituían un grupo ocupacional claramente diferenciado en dicho padrón de pobladores, pese a la existencia de varias imprentas.¹³

En el censo de 1864 se registraron 21 impresores, todos varones y residentes en la capital. No se detallaron oficios como los de cajista o prensista, de modo que tales operarios probablemente estaban incluidos en dicha clasificación

ocupacional. En cambio, sí aparecen tres encuadernadores en San José, uno en la ciudad de Cartago y otro —curiosamente— en Nicoya. Finalmente, en el censo de 1883 se anotaron 42 impresores en San José, dos en Alajuela y otros dos en Cartago. Según dicha fuente, había asimismo nueve encuadernadores en San José y uno en la ciudad de Alajuela.

A juzgar por los datos censales disponibles para esos años, después de mediados del diecinueve hubo un apreciable aumento en el número de trabajadores tipográficos más o menos especializados. Es claro que fue surgiendo un pequeño pero creciente núcleo de tipógrafos, en su mayoría asalariados de empresas privadas o del Estado.

Entre los dos últimos decenios del siglo diecinueve y el primer tercio del veinte, la cambiante estructura económica de la rama tipográfica se enmarcó en el dinamismo de la economía costarricense, plenamente inserta al mercado mundial mediante su producción agroexportadora e importaciones crecientes de maquinarias, insumos y otros bienes manufacturados. La demanda y producción de impresos creció rápidamente, aumentó el número de operarios y también el de talleres tipográficos. En el censo de 1892, se registraron 10 tipografías, nueve de ellas en San José, así como una litografía y 4 encuadernaciones en esa misma ciudad, pero también tenemos conocimiento de algunos otros talleres tipográficos que existieron en distintos lugares en esos años. Por lo demás, sabemos que en los cinco lustros siguientes a ese censo se establecieron varias nuevas imprentas.

A finales del siglo diecinueve y principios del veinte, los extranjeros provenientes de Alemania o de España jugaron un papel muy importante en la fundación de imprentas. Entre los primeros destacaron Lehmann y Federspiel, y entre los españoles sobresalieron los catalanes (v.g. Lines, Alsina, Falcó y Borrásé).¹⁴

Algunas de las nuevas empresas tipográficas establecidas en esos años se caracterizaron por la concentración y la integración de actividades de la cadena productiva y mercantil, pues las grandes imprentas realizaban desde importación de las materias primas hasta la venta de los impresos y de los productos encuadernados en su librería.

Además, todas las actividades de la imprenta, incluyendo la encuadernación, se realizaban en un mismo local.

Desde las postrimerías del siglo diecinueve, el mercado de impresos se amplió merced a la expansión del sistema educativo y la reducción del analfabetismo. Creció por consiguiente la demanda de libros de texto para la primaria, circularon revistas culturales y agrícolas, y se publicaron numerosos volantes y periódicos para las campañas políticas. El auge de la actividad proselitista en los frecuentes procesos eleccionarios de fin y principio de siglo, junto con la ampliación progresiva de la base social de apoyo de los movimientos políticos de esa época, impulsó la expansión de los impresos. Otro tanto ocurrió con la fundación de organizaciones gremiales, todavía más mutualistas que sindicales, que imprimieron periódicos y otras publicaciones para difundir sus puntos de vista, insertarse en la opinión pública y cohesionar a sus agremiados.

Los periódicos aumentaron en número y en cantidad de ejemplares por tiraje; además, sus ediciones se volvieron más frecuentes y regulares. Algunos semanarios pasaron a publicarse dos veces por semana o bien pasaron a ser diarios, e incrementaron su circulación. Así, por ejemplo, *El Artesano* —órgano de la Sociedad de Artesanos— pasó de publicar quinientos ejemplares, a principios de 1889, a mil, a finales del mismo año, y otros periódicos o revistas llegaron a publicar dos millares de ejemplares, e incluso más en algunos casos.

Las estadísticas industriales eran todavía deficientes en los albores del siglo veinte, pero gracias a los censos manufactureros de 1952, 1958 y 1964 podemos contar para mediados de ese siglo con datos que nos ayudan a esclarecer la estructura económica de la rama hacia el final del período estudiado. Es posible que haya algún subregistro, especialmente en el primero de esos censos, pero las estadísticas oficiales son útiles, cuando menos, como indicadores aproximativos.¹⁵ En 1952 se registraron 216 tipógrafos (cifra sospechosamente inferior a la de 1927), mientras que en 1958 aparecen 912, y en 1964 un total de 1452.

La empresa tipográfica puede ser una industria propiamente capitalista o bien un taller mercantil-artesanal.

Algunas veces se combinaba el trabajo de miembros de la familia del propietario con la contratación de operarios, pero aún en los establecimientos pequeños predominaba esta última modalidad. De hecho, todavía a mediados del siglo veinte encontramos un nada despreciable número de establecimientos con "1 a 4 empleados". Por otro lado, la mayor producción global se da en establecimientos con una escala productiva mediana, siguiéndole después el grupo de los de mayor producción; el resto se lo reparten los de producción a pequeña escala. Estos y otros datos que son imposibles de exponer aquí por falta de espacio, no muestran una tendencia hacia la oligopolización, o sea, a la concentración y centralización del capital dentro de la rama, al menos en esa coyuntura censada. El sector pequeño y mediano parece haber sobrellevado su competencia con las grandes, gracias a una demanda específica o segmento de mercado que siempre ha podido atender.

En términos geográficos, todavía a mediados del siglo veinte la imprenta costarricense se encuentra muy localizada en la zona urbana capitalina. La verdad es que a lo largo de toda su historia esta ha sido una constante. Los tres censos arrojan un mínimo del 75% de establecimientos en la provincia de San José, los que muy probablemente se encontraban concentrados en la capital, a juzgar por testimonios y otras informaciones disponibles. Además, se reunían en ella los más importantes, pues al menos en 1952 las imprentas josefinas consumían el 99% del valor de las materias primas empleadas en la producción tipográfica.

En relación con el mercado, en las décadas de 1930 y 1940 es razonable suponer que su expansión se vio limitada por coyunturas económicas adversas. En cambio, la expansión económica de la segunda posguerra y la extensión de la educación primaria y secundaria desde la década de 1950, propiciaron un aumento del mercado de impresos. De ser así, tanto textos como impresos comerciales (embalajes, envoltorios, etiquetas, formularios) se beneficiaron de estas condiciones nuevas.

En el transcurso de un siglo y tercio, sobresalen, por lo expuesto hasta aquí, algunos cambios y varias constantes

en la estructura económica del ramo. Entre las transformaciones, cabe recordar el incremento tendencial del número de imprentas; la creciente polarización entre grandes empresas con fuertes economías de escala y otras menores que no acceden a un dinamismo acumulativo; y el rápido aumento del volumen de impresos en respuesta a un mercado en expansión, gracias, sobre todo, a la educación, el crecimiento demográfico, la prensa escrita y los impresos políticos. Como rasgos de continuidad, destacan la fuerte concentración geográfica capitalina en la producción de impresos; la coexistencia de una imprenta estatal y otras privadas; la pervivencia de pequeños y medianos establecimientos tipográficos a pesar del crecimiento y consolidación de algunas firmas altamente capitalizadas y fuertemente posicionadas en el mercado; y la clara preponderancia de la contratación de operarios sobre el trabajo familiar, incluso en las imprentas menores.

Condiciones laborales y movilidad social

Las condiciones de trabajo de los operarios tipográficos en el siglo diecinueve incluían largas jornadas, hasta de doce horas, y noches sin dormir cuando el impreso apremiaba. Si bien ello les reportaba seguramente ingresos adicionales, fue motivo de quejas laborales e intentos de reducir la jornada.

Los trabajadores de la imprenta del Estado protagonizaron, en 1845, el primer movimiento reivindicativo de operarios asalariados en el país. El logro de mejoras salariales reflejó, tanto la importancia asignada por el gobierno a la publicación de sus impresos, como la fuerte posición negociadora de los pocos tipógrafos calificados en esa fase inicial del desarrollo de la imprenta en Costa Rica.

Al interior de cada especialidad tipográfica había una marcada estratificación salarial, por grado de calificación y experiencia laboral. La misma era más pronunciada en la Imprenta del Estado, donde había cuatro o cinco subcategorías por especialidad. En general, la remuneración del trabajo aumentaba con las destrezas adquiridas y los años laborados en la respectiva actividad.

En lo concerniente a las condiciones laborales y la movilidad social a fines del siglo diecinueve y principios del veinte, los asalariados constituían la fuerza laboral más importante en el ramo de la tipografía. A diferencia de algunos otros oficios donde privaban aún el trabajo artesanal y la remuneración por pieza completada, en un taller tipográfico el producto era fabricado colectivamente por obreros pagados con un jornal según su nivel de calificación, aunque alguna vez la remuneración se calculó por tarea específica efectuada.

En los períodos de crisis económica y estrechez fiscal, los tipógrafos del sector público sufrían atrasos en el pago de sus salarios, lo cual a su vez motivaba protestas. Así, por ejemplo, entre 1922 y 1923 ocurrieron huelgas que reivindicaban el derecho de los empleados de la *Imprenta Nacional* en favor de que se les pagara el dinero adeudado correspondiente a dos semanas.¹⁶

Además, es posible que algunos operarios tipográficos estuvieran desempleados porque no había muchos talleres donde pudieran ofrecer sus servicios, y el volumen de trabajo bajaba en las coyunturas adversas. Así, por ejemplo, entre 1913 y 1919, una crisis económica internacional fue seguida por el estallido de la primera Guerra Mundial, con secuelas importantes para el comercio exterior costarricense, los ingresos fiscales y la situación de los trabajadores.

Quienes laboraban en el ramo de la tipografía no estaban exentos de su cuota de dificultades, algunas de ellas relacionadas con el escaso número de empresas empleadoras: "...aquí el tipógrafo es un obrero raro y desprovisto de todo privilegio, sin que se cuente ni siquiera media docena de talleres donde pueda buscarse la vida..."¹⁷ Aunque quizás el número de imprentas fuese un tanto mayor de lo indicado, el redactor de este comentario contrastaba las condiciones del tipógrafo con las de otros oficios, pues, según él, había un mejor futuro fuera de los talleres de impresión.

No obstante lo anterior, hubo, aunque fuera de manera muy reducida, posibilidades de independencia de algunos maestros impresores, como los catalanes Avelino Alsina y Andres Borrásé que pudieron crear sus propias empresas.¹⁸

Por último, las pocas mujeres que se dedicaban a la tipografía ganaban menos que los varones entre las postrimerías del siglo diecinueve y las primeras décadas del veinte. Pese a que podían desempeñarse en labores homólogas, v.g. como formadoras en las cajas, no se les remuneraba igual.¹⁹

Durante el segundo tercio del siglo veinte se produjeron cambios importantes en las condiciones laborales y en la movilidad social, pero también hubo algunas continuidades.

Los ocupados en la imprenta siguieron siendo mayoritariamente obreros, y según los censos de mediados de siglo, entre dos tercios y tres cuartas partes de quienes trabajaban en el ramo lo hacían como operarios asalariados. Les seguían los empleados administrativos, en proporción mucho menor, y aún más baja era la de los dueños, familiares y socios. Los empleados "técnicos" eran un número bastante reducido, inclusive, en comparación con el conjunto del sector industrial.

Como ya se hizo notar, el oficio de tipógrafo ha sido, básicamente, aunque no de manera exclusiva, masculino, pues apenas alrededor de un diez por ciento de quienes lo ejercían eran mujeres. Por entonces había, sin embargo, otros oficios en que el sesgo masculino era casi absoluto: zapatería, carpintería, sastrería, construcción, etc.

Los salarios de los obreros (y aprendices) en el ramo tipográfico eran relativamente altos en comparación con el promedio del sector manufacturero, aunque no sucedía lo mismo con los de empleados administrativos, técnicos y otros.²⁰ Los directores y gerentes de la rama sí tenían ingresos muy por encima de sus homólogos. En cuanto a los salarios al interior de la rama, los empleados recibían el doble que los obreros, mientras los aprendices la mitad de lo que se les pagaba a éstos. Ahora bien, a este respecto las desigualdades entre sexos continuaban siendo notables: la mujer empleada recibía cerca de un tercio del salario del empleado; la obrera, la mitad del de los obreros; y finalmente, la mujer aprendiz, dos tercios del salario del varón aprendiz.

Lo anterior ocurre a pesar de la legislación más favorable a raíz de la Reforma Social (1941-1943). La tendencia a ocupar a las mujeres en las funciones menos calificadas,

ha de haber influido en tal hecho. Una razón para explicar parcialmente que esto ocurriera, se podría deber a las dificultades que enfrentaban las obreras para mantener estabilidad en el trabajo y labrarse una trayectoria laboral más o menos larga y calificada, por al menos los siguientes factores: embarazos, crianza y atención de la casa. Otra razón explicativa, es que ha existido la creencia de que la mayoría de labores tipográficas no son para mujeres: práctica social y discurso se retroalimentan.

En la década de 1940 se generalizaron los decretos de fijaciones mínimas salariales, en las cuales hubo dos momentos de reajuste importantes: 1943-44 y 1950.²¹ Además, en este período se institucionalizó la jornada de ocho horas (de 7 a 11 a.m. y de 1 a 5 p.m.), legalmente obtenida a principios de la década de 1920, así como la obligación del pago de horas extra, horario muy común en las imprentas. Otra costumbre que se incorporó desde la Reforma Social, fue la merienda ("la hora del café" o de la fruta) matinal y vespertina.

Sin ser aparentemente un trabajo riesgoso, en el campo de la seguridad laboral la tipografía presentaba ciertos inconvenientes. En primer lugar, con los tóxicos. El más importante de ellos era el plomo, que provocaba la intoxicación gradual (saturnismo) y podía hasta producir la muerte, según testimonios en las entrevistas. En particular, los linotipistas y los que estaban más cerca del plomo fundido padecían a menudo este mal. Los encuadernadores sufrían, por su parte, los efectos nocivos del polvo dorado empleado en la encuadernación; sin embargo, en los años 50 y 60 parece haberse cambiado este material por otro inocuo. En segundo lugar, existía el inconveniente de que se colocaban las máquinas impresoras en tarimas, las que en ocasiones provocaban tropiezos y la caída sobre las máquinas en operación; además, los niveles de ruido en la impresión podían ser considerables, mientras que el uso constante de pegamentos en la encuadernación podía conllevar algunos problemas de salud.

El ascenso laboral parecía tener un techo difícil de superar, lo que provocaba que algunos trabajadores calificados intentaran independizarse, aunque en realidad las limitaciones para invertir hacían de este paso, un sueño para la

amplísima mayoría. Durante la investigación topamos con dos independizados, ambos socios y del campo de la encuadernación, lo cual les implicó una relativamente escasa inversión en herramientas y máquinas manuales no costosas. Pero un prensista, un formador o un cajista, difícilmente podía pasar de trabajador a pequeño propietario. Para otros, las dificultades comenzaron cuando luego de una carrera laboral ya larga, se introdujeron las nuevas tecnologías de la fotolitografía, cambio que desplazó, en especial, a litógrafos, formadores y cajistas.

Por otro lado, a partir de mediados del siglo veinte algunos hijos de tipógrafos tuvieron nuevas posibilidades de ascenso social, básicamente gracias a las oportunidades de estudio. Tanto por la expansión de la educación secundaria y universitaria, como por los ingresos del hogar del tipógrafo, los hijos de éste empezaron a aspirar a una profesión, o bien, a un empleo mejor remunerado.

En síntesis, a lo largo del período estudiado pero especialmente en el transcurso del siglo veinte, las condiciones de trabajo de los operarios tipográficos tendieron a mejorar en lo tocante a horarios de trabajo y descanso, salud ocupacional y regulación de las relaciones obrero-patronales. Sus salarios fueron, en términos generales, superiores a los del promedio de artesanos asalariados urbanos y también del conjunto de operarios industriales. En cambio, las mujeres que fueron contratadas para labores tipográficas recibieron remuneraciones considerablemente más bajas que los varones. En general, quienes laboraban bajo relaciones salariales en la producción de impresos tenían pocas posibilidades de independizarse y establecer su propia imprenta, principalmente por la inversión requerida, pero también por las conexiones necesarias para obtener suficientes contratos de impresión. Si bien la movilidad social ascendente de los operarios tipográficos fue inusual, a mediados del siglo veinte el acceso a la educación profesional la haría factible para algunos descendientes de estos trabajadores que destacaban por dominio de la lectoescritura y su cultura general.

Trayectorias y tradiciones

Para ejercer un oficio en el ramo de la tipografía se requería de un entrenamiento relativamente prolongado, que a menudo duraba uno o más años. Durante las primeras décadas, el aprendizaje ocurría en la propia imprenta, bajo la tutela de un operario más calificado o del maestro impresor. Al establecerse la imprenta de Carranza en 1830, el peruano Félix Velarde enseñó el oficio al costarricense Pantaleón Abarca, quien a su vez entrenó posteriormente a su hijo. Así, desde los primeros pasos de la tipografía en el país surgía un caso de continuidad ocupacional transgeneracional, aunque el mismo resultaría ser más bien excepcional en lo que a operarios se refiere.

Normalmente, quien deseaba aprender el oficio entraba a laborar como aprendiz, se desempeñaba como ayudante en diversos trabajos, y una vez capacitado pasaba a ser oficial de una especialidad. Sólo en el caso de la encuadernación era posible un aprendizaje en talleres domésticos, donde la relación de parentesco era más importante que en las imprentas. Quizás ello guarde alguna relación con el hecho de que fue éste el oficio tipográfico en que tuvieron mayor presencia las mujeres, en un contexto social evidentemente patriarcal donde la inserción del trabajo femenino en la producción tendía a ocurrir primordialmente allí donde se superponían o traslapaban los ámbitos hogareño y laboral.

Sabemos ya que no era fácil para un operario de imprenta independizarse, aun cuando llegase a dominar las principales labores requeridas. La excepción fue el caso de la encuadernación, donde los implementos eran pocos y privaba la habilidad artesanal, de modo que era viable establecer pequeños talleres independientes.

En lo concerniente a la transmisión intergeneracional de la tradición laboral tipográfica en el siglo diecinueve, ésta fue clara, fuerte y prolongada al interior de algunas familias propietarias de imprentas. Tal fue el caso de los Carranzas, con tres generaciones de impresores desde 1830 hasta la década de 1920 inclusive. Sin duda, además de la participación de uno o más vástagos en la empresa familiar,

los derechos hereditarios sobre ésta contribuyeron a dicha continuidad entre padres, hijos y nietos impresores.

El legado ocupacional intrafamiliar no parece haber sido tan fuerte entre los operarios tipográficos, pese al ejemplo de Pantaleón padre e hijo, puesto que los aprendices y ayudantes podían reclutarse indistintamente en diversos espacios sociales, sin que mediaran necesariamente relaciones de parentesco. Aunque no estaba excluida la participación laboral de parientes próximos o más lejanos, el hecho de que el entrenamiento ocurriese en una empresa industrial, y no en un taller doméstico, facilitaba el ingreso de trabajadores no emparentados.

Parece razonable suponer que el oficio tipográfico en que sí podría haberse dado una mayor transmisión ocupacional de ascendientes a descendientes debe haber sido el de la encuadernación, cuando este oficio artesanal se ejercía en forma independiente y mucho más próxima al taller hogareño que al establecimiento manufacturero o industrial.

Entre las décadas de 1880 y de 1920, la trayectoria ocupacional de los trabajadores tipográficos se caracterizó porque, al igual que la cantidad de imprentas, el número de personas dedicadas a estos oficios también aumentó pues se pasó de 77 en el censo de 1892 a 313 para 1927.

Los oficios tipográficos debían ser aprendidos fuera del hogar, dado el equipo requerido para la composición e impresión. Aunque a menudo ello ocurría en el propio taller, a principios del siglo veinte hubo intentos por crear instituciones para la formación de tipógrafos. Entre ellas sobresalió la Escuela de Tipografía (1906) integrada por mujeres, pero al igual que algunas otras no logró continuidad. La institución que gozó de más larga vida fue el *Hospicio de Huérfanos de Cartago*, que desde la primera década del siglo veinte tuvo a su cargo una escuela encargada de enseñar la tipografía, entre otros artes y oficios. Como en décadas anteriores, la mayoría de los tipógrafos aprendió el oficio en el taller, y había maestros, entre ellos varios extranjeros, que enseñaron el manejo de las máquinas y la encuadernación a los que llegaban como aprendices.

Algunos inmigrantes provenientes de Europa, como Falcó y Borrásé, traían consigo el conocimiento del arte de imprimir, que constituía un apreciable capital humano, y llegaron a constituir un importante segmento de los trabajadores de tipografía. Para 1904, la mayor parte de los 108 extranjeros tipógrafos en la ciudad de San José eran españoles.²²

La continuidad del oficio se nota más en los empresarios, como en los casos de Lehmann y Borrásé. En algún caso, fue la hija quien manejó la imprenta de su padre.²³

Pese a la naturaleza industrial del oficio, las redes de parentesco coadyuvaban en el proceso de reclutamiento laboral en las imprentas durante las décadas intermedias del siglo veinte. La mayoría de los entrevistados, los cuales se desempeñaron laboralmente en estas décadas, se ligaron inicialmente al oficio gracias a alguna iniciativa familiar o a ligámenes de la familia, aunque la transmisión intergeneracional de los oficios de imprenta no ha sido tan fuerte como en oficios que se ejercían en talleres domésticos.

Se ha podido reconstruir la trayectoria ocupacional de operarios del ramo tipográfico, desde el reclutamiento hasta el ejercicio pleno y más o menos calificado del oficio. En primer lugar, el aprendizaje se iniciaba a una edad entre los 9 y los 15 años, una vez concluida la escuela o varios años en ella. A menudo, el muchacho —de cuna humilde pero con algún acceso a educación elemental— había pasado por otros aprendizajes pasajeros u otro tipo de ocupaciones que eran propios de su edad (ayudantes o misceláneos). El hecho de ingresar a trabajar a una relativamente corta edad, implicaba que muchas veces los lazos o la iniciativa familiar fueran decisivos en la adopción del oficio. Un caso particular es el de la *Imprenta Nacional*, donde pareciera que los contactos familiares eran básicos debido al carácter político-clientelista que tenía la designación en puestos de trabajo en esa entidad.

La fase de aprendizaje iba de varios meses a uno o dos años. Se acostumbraba pagarle ínfimamente al aprendiz, pues se consideraba que se le estaba enseñando un oficio para su propio provecho futuro. A los meses, si las habilidades se manifestaban, el joven podía pasar a ayudante

fijo en alguna especialidad del oficio, lo que obviamente le generaba un mayor ingreso. Pareciera claro que para poder transitar por este proceso de ascensión, era necesario que el muchacho mostrara disposición, pero también, que algún maestro estuviera dispuesto a enseñarle. Luego de ir puliendo sus habilidades por un tiempo más, el joven trabajador finalmente ascendía a operario más o menos calificado en cualquiera de las especialidades de las artes gráficas.

Una vez de operario, el obrero podía pasar a laborar a otro establecimiento o bien podía pasar el resto de su vida laboral en el mismo lugar donde aprendió el oficio. Pareciera que la inestabilidad o tránsito continuo de un taller a otro no fue una característica generalizada en el ramo de la tipografía, como sí ocurría con cierta frecuencia en algunos otros (zapatería, carpintería, panadería, etc.). No está claro si los talleres grandes alimentaban la fuerza laboral de los pequeños, o viceversa, aunque cabe indicar que la mayoría de nuestros entrevistados se iniciaron en grandes imprentas.

Ya se mencionó, para el siglo diecinueve y primeras décadas del veinte, la importancia de los tipógrafos extranjeros en la enseñanza del arte de imprimir. Tal situación permaneció sólo hasta los decenios de 1930 y 1940, pues a partir de 1950 el aprendizaje tendió a depender de maestros nacionales (operarios bien calificados) y de la capacitación brindada por las casas vendedoras de maquinaria nueva (v.gr., *Heidelberg*), y en alguna medida por los colegios técnicos y vocacionales. En 1940 la Orden Salesiana fundó una Escuela de Artes y Oficios, la que se sumó a su otra institución existente en Cartago, y desde finales de los años cincuenta aparecieron los colegios públicos vocacionales. En algunos colegios antiguos de cabeceras de provincia, como en el capitalino Liceo de Costa Rica, se daban en esa época —y ésta es una tradición que pervive— principios de encuadernación en los cursos de artes industriales.

Podemos concluir, para todo el período estudiado, que la tradición ocupacional familiar era sin duda más fuerte entre los propietarios de imprentas que entre sus operarios, a pesar de que el parentesco y la amistad jugaban algún papel en el reclutamiento laboral. El aprendizaje,

alejado del hogar, se realizó por mucho tiempo en las propias imprentas, pero hacia el final del período cobró importancia la enseñanza formal del oficio. En cuanto a las trayectorias laborales individuales, aunque había cierta movilidad de trabajadores entre los pocos establecimientos tipográficos existentes, ésta era menos pronunciada que en oficios donde proliferaban los talleres. Finalmente, los tipógrafos solían ejercer este oficio, relativamente prestigioso y aceptablemente remunerado, durante buena parte de su vida laboral, en contraste con algunas otras ocupaciones ejercidas más esporádicamente.

Organización y sociabilidad

En conjunto, los trabajadores tipográficos formaron un grupo destacado entre los trabajadores urbanos y rurales del siglo diecinueve, no sólo por la importancia política y cultural de la producción de impresos, sino también por cuanto podían leer, escribir y realizar operaciones aritméticas indispensables para el adecuado ejercicio de sus funciones.

Por otro lado, en su calidad de operarios asalariados, pero también por sus relaciones de parentesco, vecindario y amistad, los tipógrafos eran parte de un más amplio conglomerado social urbano de artesanos y trabajadores calificados, que ciertamente estaban separados de la elite dominante por una apreciable distancia socioeconómica, pero tampoco eran los más pobres de la ciudad.

Los trabajadores de imprentas y encuadernadores participaban de muchas maneras en la vida social urbana de los artesanos independientes o asalariados, y compartían actividades lúdicas con otros grupos ocupacionales subalternos de la capital. Tal sociabilidad incluía ya, a juzgar por las protestas de sus patronos y por los intentos de imponer una mayor disciplina laboral, la costumbre de consumir bebidas alcohólicas y ausentarse ocasionalmente del trabajo, principalmente el día lunes.

Los empresarios tipográficos, por su parte, jugaron un papel prominente en la sociedad costarricense durante las décadas intermedias del siglo diecinueve. En cuanto dueños

de imprentas, controlaban la producción material de la palabra escrita en forma impresa, en un momento en que —mediante un proceso iniciado desde el período colonial y continuado posteriormente— ésta comenzaba a desplazar a la palabra hablada de su posición preeminente, al menos al interior de la elite económica, política y cultural. Además de impresores, ellos eran comerciantes, empresarios agrícolas y personalidades influyentes dentro o fuera del gobierno.

En lo que se refiere a los procesos organizativos, sociabilidad y representaciones, entre fines del siglo diecinueve y principios del veinte hubo intentos de crear instituciones de socorro mutuo que aglutinaran los intereses de los tipógrafos; en 1901 se fundó la Unión Tipográfica y en 1904 la primera Sociedad Tipográfica. Sin embargo, éstas fueron efímeras y desaparecieron. Solamente una organización, fundada en 1908, logró sobrevivir: la Sociedad Tipográfica, homónima de su predecesora.²⁴

La Sociedad Tipográfica tuvo a su cargo la organización de varias actividades, entre ellas: veladas y bailes en el Teatro Nacional, paseos a Limón y la construcción de un mausoleo con el busto de Johan Gutenberg en el flamante Cementerio General (no precisamente en el contiguo Cementerio Obrero). Además brindó apoyo y solidaridad a los familiares de los tipógrafos que marcharon de este mundo:

“con la muerte del distinguido tipógrafo señor... los obreros de la Imprenta Moderna evidenciaron... sus sentimientos de confraternidad, enviando una rica corona para el féretro del compañero muerto, por medio de una contribución levantada entre ellos. La colecta... alcanzó a \$71,30...”²⁵

La labor desplegada por la Sociedad Tipográfica fue muy importante, y su acción se manifestó tanto en los momentos de alegría como en los duelos. En definitiva, en esta época el grupo de la Sociedad Tipográfica era compacto, y los tipógrafos gozaban de cierta distinción que les daba prestigio social dentro del mundo urbano. Además de su dominio de la palabra escrita y de los cálculos aritméticos, tenían reputación de ser trabajadores cultos y se distinguían por una inusual elegancia al vestir.

Por último, en cuanto a procesos organizativos, sociabilidad y representaciones, a fines del siglo diecinueve, los trabajadores de este gremio habían tendido a la organización mutualista; sin embargo, en el transcurso del siglo veinte irían cambiando las condiciones que dieron origen a tales asociaciones de auxilio mutuo. Ciertamente la Sociedad Tipográfica, creada en 1908, existió por ochenta años más, pues sólo desapareció a finales de la década de 1980, siendo quizás la organización gremial de más larga duración en la historia de Costa Rica. Sin embargo, la época de oro de esa asociación mutualista llegó hasta los años cuarenta y cincuenta, tal y como sucedió también con los zapateros, porque sus objetivos comenzaron a ser llenados por la Caja del Seguro Social. Su alargamiento hasta la década de 1980 es notable, pero fue un proceso de erosión.

Por otro lado, durante el segundo tercio del siglo veinte sucedió un cambio enmarcado en la ola sindicalizadora ocurrida durante la crisis de 1930 y en el cual jugó un papel decisivo el recién creado Partido Comunista. Fue así como se creó la Federación Gráfica en 1933, la cual pasó a denominarse, en 1942, Sindicato Nacional de Artes Gráficas, abandonando, además, algunos rasgos mutuales que originalmente contenía.²⁶ Permanecería activo a lo largo del decenio de 1950, particularmente durante su primer lustro, pese a las conmociones sufridas por el sindicalismo clasista a raíz de la Guerra Civil de 1948. En síntesis, durante esas décadas continúa el comportamiento organizativo de tipo mutual, pero coexiste con otro de tipo sindical. Las dos organizaciones mencionadas fueron las que prácticamente agruparon al gremio tipográfico hasta los años 60.

En relación con la conflictividad, si bien los tipógrafos no recurrieron tan a menudo a la huelga como arma de lucha reivindicativa, como sí lo hicieron otros de sus congéneres de clase (v.g., los panaderos y los zapateros), no fue despreciable su actividad en tal sentido.²⁷

En otros ámbitos más culturales, pareciera patente que el oficio tipográfico fue perdiendo hacia el final del período estudiado el prestigio social que había ostentado, como gremio especialmente culto y algo "aristocrático" en

términos obrero-artesanales. Su relativa exclusividad letrada dentro del conjunto de los trabajadores manufactureros, disminuyó en la medida en que la alfabetización crecía gradualmente en el conjunto de la sociedad urbana y en particular entre los obrero-artesanos. A la vez, es posible que al desarrollarse otros medios colectivos de comunicación, como el cine y la radio, éstos le hayan quitado algún tipo de protagonismo a la cultura escrita.

La historia de las organizaciones de tipógrafos guarda afinidades con las de otros gremios que reunieron inicialmente a maestros y operarios, patronos y asalariados, en torno a objetivos mutualistas, y posteriormente tendieron a segregarse en términos más clasistas. Por otra parte, si durante el siglo diecinueve y principios del veinte los tipógrafos fueron un grupo con perfil muy propio dentro del obrerismo josefino, sus rasgos distintivos tendieron a diluirse a medida que fueron cambiando las condiciones técnicas de la producción tipográfica y también las características comunes de los trabajadores urbanos de la capital.

Conclusiones preliminares

Al recorrer en forma abreviada un siglo y tercio en la trayectoria histórica de los oficios tipográficos en la ciudad de San José, saltan a la vista ciertas permanencias y determinados cambios que hemos ido reseñando a lo largo del período analizado. Destaquemos, rápidamente, algunos aspectos especialmente relevantes, entretejiéndolos con esbozos interpretativos e invitaciones puntuales a su comparación respecto de otras ocupaciones urbanas y también rurales. Aunque en cada aspecto partiremos de lo que encontramos perdurable, iremos haciendo un contrapunteo con los cambios observados, y explorando una que otra opción explicativa de continuidades y rupturas.

Constatamos que se mantuvo a lo largo del período una fuerte concentración de la producción de impresos en la capital, si bien es cierto que fueron surgiendo gradualmente algunas pequeñas imprentas en otras ciudades de provincia, y excepcionalmente en determinadas cabeceras cantonales

donde había mayor demanda local de publicaciones. San José siguió siendo el principal centro generador de publicaciones, lo cual reflejaba ciertamente la concentración del poder económico y político en la ciudad sede del gobierno, centro editor de los principales periódicos y base de operaciones de numerosas entidades privadas que contrataban publicaciones o requerían de impresos. Esto refleja el peso de la capitalidad como generadora de servicios y demanda de impresos, en el marco de una progresiva centralización de actividades económicas del sector terciario, como también de la faceta determinante de la vida sociopolítica nacional y de la cultura oficial.

Sería interesante contrastar a este respecto la organización espacial de la producción de impresos y la concentración capitalina de los oficios tipográficos, con otras actividades productivas y ocupaciones que se ubicaron tanto en zonas rurales como urbanas. De especial interés podrían ser algunos oficios que tendieron a urbanizarse, al trasladarse los sitios de producción artesanal de hogares campesinos a talleres o establecimientos manufactureros en las ciudades. Tampoco habría que obviar, por evidente, la significación del tipo de demanda que satisface la producción de impresos y la ubicación de los sitios a los cuales se destinaba el producto, en comparación con oficios que atendían, por ejemplo, demandas ultramarinas o necesidades de autoconsumo. Las distintas relaciones entre producción y consumo, en términos espaciales y de interacción social, son una faceta medular pero poco explorada de la historia del trabajo en la sociedad costarricense.

El surgimiento de la imprenta en Costa Rica facilitó el ascenso e imposición de la palabra escrita, por sobre la tradición oral, como depositaria de conocimiento, transmisora de información e instrumento de quienes detentan mayor poder en la sociedad. Claro está que este era un proceso que se había iniciado desde antes de que se elaborasen publicaciones en el país, y que tampoco significó una transformación radical inmediata, pero sí un cambio importante en la dirección apuntada.

La producción local de impresos se asoció, históricamente, a la búsqueda y obtención de una creciente autonomía

del gobierno costarricense en el manejo de la cosa pública —bien ejemplificada por la legislación— primero bajo la República Federal y luego como Estado nacional. No en balde fue tan importante el sector público como generador de textos a publicar, como cliente de las imprentas privadas y como productor de impresos oficiales o semi-oficiales. Esto refleja el papel de los impresos como medios de comunicación e instrumentos de poder.

La importancia social, política y cultural de los impresos fue mayúscula a todo lo largo del período, como lo evidencian el número de periódicos editados y la trascendencia de lo allí debatido, o los tirajes de libros, revistas y folletos de toda índole, que llegaban a un público lector cada vez más amplio. No obstante, la palabra impresa sufrió en las décadas finales del lapso estudiado los crecientes embates de medios de comunicación alternativos, en primer lugar la radio, seguidamente el cine y finalmente la televisión. Pese a ello, retuvo la impronta de lo oficial y lo aparentemente imperecedero, vale decir, su capacidad socialmente reconocida de fijar en el papel el trazo inmutable del texto impreso, vehículo de poder.

Cabe preguntarnos cómo incidieron tales procesos en la reproducción social de los oficios tipográficos, y cuán diferentes fueron, a este respecto, de ocupaciones cuya importancia era mucho más económica que sociopolítica. Paralelamente, podríamos plantearnos otras interrogantes acerca de posibles afinidades entre ocupaciones a primera vista muy disímiles, pero relacionadas de una u otra manera con la producción y el consumo de bienes cuya trascendencia social obedece a su papel en la generación y circulación de las ideas.

Otro rasgo perdurable de la tipografía costarricense a lo largo del período fue el constante atraso tecnológico del arte, oficio e industria de la impresión, especialmente si lo comparamos con Europa o Norteamérica, pero también respecto de los principales centros editoriales de América Latina. Claro está que el retraso inicialmente plurisecular se reduce luego a una demora de varias décadas, pero resulta evidente que el pequeño mercado local no permitía ni justificaba introducir con celeridad las últimas innovaciones de

los émulos de Gutenberg en el Viejo Mundo, o de sus congéneres norteamericanos. No obstante, en relación con su entorno geográfico inmediato quizás podría afirmarse que si bien Costa Rica estuvo a la zaga del istmo en la fase introductoria de la imprenta, un siglo después introducía antes que algunas de sus repúblicas vecinas la rotativa y otras tecnologías ya no tan nuevas, pero que representaban avances importantes a escala local. Algo tendría que ver en ello el dinamismo de la economía agroexportadora y mercantil-importadora durante el siglo del café, pero también la marcada disminución del analfabetismo y la ampliación cada vez más acelerada del número de lectores de periódicos, revistas agrícolas y culturales, textos educativos, publicaciones políticas y libros de toda índole. En todo ello, la reforma educativa liberal jugó un papel trascendente.

Con demoras y adaptaciones locales, y con reiteradas aportaciones de inmigrantes extranjeros conocedores de la tipografía, fueron introduciéndose nuevas tecnologías a fin de satisfacer la creciente y cambiante demanda de impresos. Por el volumen de sus tirajes y la frecuencia de sus ediciones, los periódicos fueron punta de lanza en tales innovaciones (v.g. el linotipo, la prensa plana mecanizada, la prensa cilíndrica y la rotativa). Hubo cierta asociación entre imprentas y periódicos, pues quien poseía un taller tipográfico tenía facilidades para publicar desde boletines de avisos hasta prensa política, y los propietarios de periódicos exitosos tendían a adquirir equipo para publicarlos a menor costo, con regularidad y sin depender de casas impresoras. No obstante, algunos periódicos se editaron en diversas imprentas, y éstas eran contratadas para publicar más de un diario, semanario o bisemanario. Las simpatías o divergencias políticas podían jugar un papel en la selección de la imprenta y en la decisión de editar o no un periódico, pero el interés comercial tendió a prevalecer finalmente.

Otra característica llamativa y duradera fue la coexistencia de diversas tecnologías, en distintos tipos de empresas tipográficas y para atender segmentos de mercado claramente diferenciados. El ejemplo de los tipos móviles es patente a este respecto, pues ni la linotipia ni la fotocomposición lograron desplazarlos por completo, aunque su

importancia relativa se redujo durante ese largo siglo, que vio también el apogeo de la palabra impresa en Costa Rica. Las prensas planas, por su parte, sufrieron transmutaciones que les permitieron sobrevivir, por ejemplo, mediante la adaptación de pequeños motores a fin de mecanizar al menos parcialmente procesos otrora manuales. Al mismo tiempo, se introducían máquinas mucho más avanzadas, aptas para la producción de grandes cantidades de impresos comerciales o periódicos de elevada circulación, pero no tanto para el tiraje pequeño y de alta calidad. La encuadernación, por su parte, se bifurcó: la rústica tendió a masificarse mediante el uso de nuevas maquinarias y la generalización del empaste sencillo, en tanto que la fina siguió haciéndose en forma artesanal, más artística que industrial. La demanda de encuadernados simples creció fuertemente (sobre todo para cuadernos escolares, libros de texto y ediciones populares, formularios comerciales y papelería diversa), en tanto que la encuadernación fina atendió a un mercado más selecto (v.g. para libros contables, protocolos u obras especiales).

Desde sus inicios, la tipografía costarricense se caracterizó por una nítida división técnica del trabajo entre operarios más o menos especializados en labores de composición, impresión o encuadernación, con sus respectivas subespecialidades. Ello conllevaba una marcada jerarquización ocupacional por grado de calificación y experiencia, más pronunciada sin duda en las imprentas grandes —donde el proceso productivo estaba más fragmentado— que en las pequeñas, donde un mismo operario hacía, por ejemplo, de cajista y de formador.

Tal división del trabajo requería asimismo de una eficiente coordinación y supervisión por parte del maestro impresor o el propietario de la imprenta, de una férrea disciplina laboral y de ritmos de trabajo propios de una industria, mas no de un taller artesanal.

La comparación de procesos de cambio tecnológico entre esta y otras industrias urbanas, como también en las agroindustrias del período, debería arrojar luz no solamente sobre la historia económica en esas ramas industriales, sino también sobre las trayectorias laborales de quienes conformaban la fuerza de trabajo en ellas, así como las continuidades

y discontinuidades transgeneracionales en lo relativo a tales oficios. Otro contraste potencialmente esclarecedor, y que podría arrojar algunas semejanzas inesperadas, sería entre la historia social de la tecnificación en las imprentas —u otros establecimientos industriales— y en sectores tan distintos, en cuanto a la organización técnica y social del trabajo, como el transporte o la agricultura.

En lo que se refiere a la composición de la fuerza laboral, los oficios tipográficos eran predominantemente masculinos, con alrededor de un diez por ciento de mujeres ocupadas en ellos, como cifra máxima para las primeras décadas del siglo veinte. Con el tiempo llegó a haber algunas mujeres cajistas e impresoras, pero la presencia femenina era mayor en el rubro de la encuadernación. El salario usual de los varones fue superior al de las mujeres, incluso después de la legislación laboral que intentó equiparar las remuneraciones de unos y otras. Al respecto, convendría sopesar hasta qué punto ello obedeció a la menor edad o grado de calificación promedio de las operarias, y en qué medida se trataba de un pago inferior por igual trabajo. Esto último sin duda ocurrió, pero como ha sucedido en otras ocupaciones urbanas y rurales es probable que la remuneración diferencial pasase, a menudo, por la asignación de puestos laborales diferenciados por género. En todo caso, es claro que las posibilidades de acceder a las especialidades y puestos mejor pagados eran más reducidas para las mujeres en esta industria tradicionalmente masculina.

Valdría la pena explorar las implicaciones de la composición sexual de la población que trabajaba en las imprentas, en comparación con otras actividades en que la fuerza laboral fue abrumadoramente femenina. Más interesante aun podría resultar la discusión comparada respecto de otras ocupaciones que variaron radicalmente su composición en el transcurso de unas pocas décadas, ya fuese masculinizándose como sucedió, por ejemplo, con el trabajo de panadería, o feminizándose como en el caso del magisterio.

En cuanto a la estructura económica del sector, verificamos que el ramo tipográfico estaba conformado por un creciente y heterogéneo conjunto de empresas, de las cuales unas pocas —relativamente grandes y con mayor grado de tecnificación— tenían un peso importante en la producción de impresos, en tanto que numerosos establecimientos menores, con tecnologías más simples, atendían segmentos de mercado específicos. A lo largo del tiempo, el tamaño promedio de las empresas parece haberse incrementado, —en términos del número de trabajadores,— y su producción aumentó aun más dadas las mejoras tecnológicas que tornaron más eficiente el trabajo tipográfico. Asimismo, se trasluce una tendencia dual: por una parte, se integraron verticalmente algunas empresas que se constituyeron en polifacéticos emporios de producción y comercialización de impresos, mientras que por otra parte hubo también —sobre todo en las últimas décadas— una fragmentación de procesos entre pequeñas unidades productivas dedicadas a distintos eslabones de la cadena. Asimismo, algunas de las mayores empresas tipográficas diversificaron su cartera, invirtiendo en la comercialización y en otros rubros. Al interior de las empresas tipográficas, grandes o pequeñas, el trabajo asalariado (algunas veces por tiempo y otras por tarea) fue la relación sociolaboral predominante, si bien en algunas imprentas trabajaban el propietario y uno o más miembros de su familia.

Un análisis histórico comparado de la estructura económica en distintos rubros de la producción artesanal e industrial, como también en la agrícola y agroindustrial, ofrecería nuevas posibilidades para ahondar en la comprensión de sus interrelaciones con la organización técnica y social del trabajo en distintos tipos de unidades productivas, con las historias de vida ocupacionales de quienes han laborado en ellas, y con la mayor o menor amplitud, fuerza y perdurabilidad de las tradiciones laborales familiares.

En lo que se refiere al aprendizaje de los oficios tipográficos, al igual que sucedía en diversas ocupaciones artesanales y en algunas de tipo industrial, los trabajadores más

jóvenes e inexpertos se reclutaban inicialmente como aprendices, mal o no remunerados. Bajo la orientación de maestros inicialmente extranjeros, los muchachos aprendían su oficio poco a poco como ayudantes en el taller tipográfico, y si lo hacían bien podían convertirse luego en oficiales, y excepcionalmente en maestros impresores. Esporádicamente funcionaron centros de capacitación formal en oficios tipográficos, y en algunas entidades educativas se introdujo la enseñanza de ciertas especialidades como la encuadernación. No obstante, hasta mediados del siglo veinte el aprendizaje siguió efectuándose principalmente en las propias imprentas, con la novedad de que al importarse maquinaria mucho más compleja, las casas proveedoras comenzaron a brindar entrenamiento para la operación de aquélla. Con los cambios tecnológicos se tornaba indispensable recalificar a los trabajadores, y cuando aquéllos eran radicales algunas veces conllevaban el desplazamiento de un tipo de operario por otro con características muy distintas, v.g. en el paso de los tipos móviles al linotipo, de la litografía en piedra al fotograbado y la fotolitografía, de la prensa plana a la gran rotativa, o de la encuadernación rústica al empaste mecanizado.

En cuanto al reclutamiento y aprendizaje, hay claras afinidades respecto de otras ocupaciones industriales, pero sería pertinente una comparación sistemática respecto de los oficios artesanales urbanos y rurales, e incluso con los sistemas de incorporación de niños y jóvenes al trabajo propiamente agrícola.

La jerarquización ocupacional entre especialidades tipográficas y al interior de cada una se traducían en diferencias salariales marcadas por la calificación y la experiencia. Durante la vida laboral era posible incrementar el ingreso mediante el paso de un escalón al siguiente en dichas jerarquías. También se podía mejorar el salario cambiando el lugar de trabajo de una imprenta a otra, dado que siempre hubo cierta competencia por operarios calificados.

Las condiciones de trabajo no eran idóneas, en términos de jornada laboral y salud ocupacional, aunque los tipógrafos se encontraban entre los grupos de trabajadores

mejor remunerados y con cierta capacidad de negociación ante la patronal, ya fuese el Estado o empresarios privados.

Hemos visto que no era fácil para un operario impresor independizarse para establecer su propia imprenta, por razones que ya fueron explicadas. En cambio, la encuadernación era un oficio más propiamente artesanal, donde la habilidad tenía mayor importancia que el equipamiento, y no resultaba tan difícil transitar de operario asalariado a encuadernador o encuadernadora por cuenta propia.

Las tradiciones familiares en el ramo tipográfico parecen ser más fuertes entre los propietarios de imprentas que entre sus trabajadores, especialmente los que hacían trabajos de composición e impresión. Los primeros podían heredar a sus hijos la planta industrial, con maquinaria y vínculos comerciales, en tanto que los operarios que trabajaban con máquinas en las imprentas no tenían la misma posibilidad de enseñar y transmitir el oficio a sus descendientes que, por ejemplo, los encuadernadores independientes o ciertos otros artesanos y artesanas que trabajaban en pequeños talleres domésticos.

Todos estos puntos invitan a una discusión comparada acerca de las tradiciones ocupacionales en familias de empresarios y operarios de establecimientos industriales, talleres artesanales urbanos, y unidades domésticas de producción y consumo, tanto en la ciudad como en el campo.

La tipografía constituyó desde un principio una actividad industrial, a escala relativamente modesta, con características sui géneris por las particularidades del propio proceso productivo y por el peculiar entrelazamiento de ocupaciones, obreras unas y artesanales otras. El empleo de maquinaria, la organización técnica de labores especializadas, el pago por tiempo laborado y algunas veces por tarea específica realizada, la disciplina laboral impuesta y otros rasgos apuntan a la naturaleza industrial de las imprentas y del trabajo realizado en ellas. Por otra parte, la calificación de los operarios fue siempre de máxima importancia para la calidad del producto, y pese al cambio tecnológico y la mecanización de procesos hubo momentos propiamente artesanales en dicha actividad productiva:

la litografía en piedra hasta principios del siglo veinte, y en general la ilustración, o el trabajo del formador y más recientemente el diagramado de páginas, o la encuadernación fina en todo el período.

El nivel cultural de la mayoría de los tipógrafos era superior al promedio de los artesanos u obreros de la época, pues era indispensable que supiesen leer y escribir bien, así como hacer cálculos aritméticos bastante precisos. Esto los distinguía de otros trabajadores con menor nivel educativo, les daba mayor acceso a información y contribuía a prestigiar el oficio. No obstante, hacia el final del período y en los años subsiguientes fue perdiéndose gradualmente tal distinción, tanto por la generalización de la enseñanza básica como por cambios en el ramo de la tipografía.

Pese a que se consideraban y eran vistos como los “dandys” de la clase obrera josefina, más o menos cultos y bien vestidos, los tipógrafos compartieron muchos de los rasgos y prácticas de la sociabilidad popular urbana de la segunda mitad del siglo diecinueve y primera del veinte. Al igual que otros obreros y artesanos de la época, departían amigablemente en torno a una mesa de tragos durante el fin de semana, y también celebraban algunas veces el “San Lunes”, a juzgar tanto por sus propias afirmaciones como por las reiteradas quejas de sus empleadores. Organizaron ligas deportivas, en las cuales participaban no solamente operarios asalariados sino también impresores dueños de su taller.

El gremio tipográfico, en su conjunto, llegó a tener cierta influencia social, y los trabajadores del ramo protagonizaron esporádicos movimientos reivindicativos a lo largo del período estudiado. No obstante, su organización sindical fue relativamente débil e inestable, y prevalecieron más bien las formas mutualistas. Estas, a su vez, tendieron a debilitarse por la gradual extensión de servicios de salud y otras prestaciones sociales derivadas de la paulatina aplicación de la legislación laboral y del establecimiento de la Caja Costarricense del Seguro Social. Al momento de realizar las entrevistas para esta investigación, la *Sociedad Tipográfica de Socorros Mutuos* fundada a principios de siglo se

limitaba a administrar el mausoleo con el busto de Gutenberg y se encontraba de hecho en proceso de disolución.

El de los tipógrafos fue sin duda uno de los gremios organizados más longevos en la historia costarricense, y en su época de oro fue influyente a pesar del número de miembros comparativamente reducido. En décadas recientes, el creciente número de trabajadores tipográficos no se ha reflejado en una mayor presencia social sino que, por el contrario, ha ocurrido una progresiva disminución de la visibilidad gremial.

En síntesis, el prestigio y relevancia de los oficios tipográficos en la sociedad costarricense de fines del siglo diecinueve e inicios del veinte guardó una correspondencia bastante estrecha con el apogeo de la imprenta como medio para la publicación y difusión de ideas (esto es, para el ejercicio de una forma específica de poder) antes del advenimiento de otros medios de comunicación de masas. Dicha prominencia también estuvo relacionada con los atributos culturales específicos de los maestros y oficiales que ejercían el oficio de impresor, cajista, formador, litógrafo, prensista y encuadernador o encuadernadora, que los distinguían de otros obreros y artesanos de la época y a la vez les daban acceso privilegiado a información escrita y medios de difusión. Tanto en el sector público como en el privado, impresores y operarios del ramo tipográfico forjaron, con tinta negra y palabra impresa, una de las primeras actividades propiamente industriales, no sólo urbana sino centrada en la capital, y con una fortísima influencia en la vida económica, política y cultural del país.

Interesante en sí mismo, este conjunto de oficios, entrelazados en un mismo proceso de producción de impresos, ofrece ricas posibilidades para la historia comparada, tanto en el plano tecnológico y socioeconómico como en el organizacional y el de las continuidades y discontinuidades transgeneracionales en el ejercicio de diversas ocupaciones, que a su vez representan transmisiones y rupturas socioculturales, pertinentes para comprender no sólo el pasado sino también las disyuntivas actuales de la sociedad costarricense.

Glosario histórico de términos tipográficos

LINOTIPIA: "Máquina de componer en la que se efectúa composición mecánica; está provista de almacenes, cada uno de los cuales con (sic) su dotación de matrices; esta máquina proporciona la línea en una sola pieza de metal, llamada línea bloque. También se llama lineotipia, lineotipo y linotipo...El nombre de linotipia le viene de la casa *Linotype*, primera fabricante de estas máquinas..." de Sousa Martínez, José. *Diccionario de tipografía y del libro*. Barcelona: Editorial Labor S. A., 1974.

Principal ventaja: velocidad. Principal desventaja: no tiene la misma calidad de impresión que tiene la composición manual. Por eso para trabajos de fantasía y programas prefería la composición manual. Otra desventaja es que se tiene que corregir toda una línea por un solo error.

Historia: Desde principios del siglo DIECINUEVE se dieron esfuerzos por reemplazar la lentitud del cajista en su labor de composición por la rapidez de una máquina compositora. Entre 1815 y 1876 funcionaron diversas máquinas pero: "La linotipia, tal como la conocemos hoy, fue inventada por un relojero alemán trasladado a los Estados Unidos en 1872; se llamaba Ottmar Mergenthaler. En 1884 construyó la primera linotipia, que en 1886 funcionó por primera vez en los talleres de la New York Tribune...Se cree que los modelos de linotipias creados desde la primera idea de tal máquina ascienden al número de 163". *Ibíd.* pp. 167-168.

La **intertipia** es una máquina de composición mecánica similar a la linotipia.

El linotipo en Costa Rica

"Bien entrada la primera década de este siglo, los medios publicitarios recibieron una portentosa inyección de progreso, al llegar a Costa Rica el primer linotipo. Este acontecimiento constituía el suceso más trascendental desde la llegada al país de la primera imprenta...El periódico LA INFORMACION, fundado en 1908, fue el que se apuntó la gloria. Además, fue el que instaló la primera semirotativa" Gutiérrez, Pedro Rafael. *Introducción a la historia de la publicidad en Costa Rica*. San José: Jiménez & Tanzi, 1981.

Hace referencia para este dato a Núñez, Francisco María. *La evolución del periodismo en Costa Rica*. San José: s.e., 1946, p. 11. El original es de la Editorial Minerva, 1921.

LINOTIPISTA

Concepciones/destrezas

- a) Del taller de cajas, pero la idea se fue abandonando poco a poco.
- b) Conocedor de todas las normas tipográficas
- c) Conocedor de normas gramaticales
- d) Revisar pruebas

LITOGRAFIA

“La litografía fue inventada por Luis Senefelder en 1798... Arte de dibujar, grabar o escribir en piedra preparada al efecto, a fin de multiplicar, por impresiones sucesivas, los ejemplares de un dibujo, grabado o escrito. Estampa o reproducción conseguida por este arte. Taller donde se ejerce...”

Litografía anastática: Método de reproducción de grabados y libros antiguos; se calcan sobre una piedra litográfica y se efectúa el tiraje por los sistemas ordinarios.

Litografía en reserva: Procedimiento para tirar en blanco los dibujos trazados en negro sobre piedra litográfica”. *Ibíd.* p. 169.

FOTOCOMPOSICION

“...procedimiento de composición mecánica por medio de máquinas especiales que utilizan matrices transparentes y película fotográfica. La impresión del molde...puede hacerse en off-set, huecograbado o por métodos tipográficos. Los aparatos utilizados (las fotocomponedoras) se dividen, hasta el momento (1974)... en tres generaciones; la primera comprende los fabricados desde sus inicios prácticos (alrededor de 1937) hasta 1950; se trataba de linotipias corrientes en las que se había eliminado el crisol...los de la segunda comprenden los fabricados a partir de 1950 y con funcionamiento electrónico, cuyas matrices se hallan en un disco o en un rectángulo...; los de la tercera... (son) totalmente electrónicas... en vez de matrices utilizan un cerebro electrónico...” *Ibíd.* p. 113.

FOTOGABADO

“Procedimiento fotográfico o fotomecánico para grabar un clisé (en relieve o en hueco) sobre planchas metálicas (cinc, core, etc.) por acción química da la luz. El original puede ser una fotografía, un dibujo o un texto...” Ibíd. p. 114.

FOTOLITOGRAFIA

“Arte de fijar y reproducir dibujos, grabados o textos en piedra litográfica, cinc o aluminio por medio de los procedimientos de fotograbado” Ibíd. p. 114.

Los grabados pueden reproducirse en dos tipos: tipo línea (como silueta) o directo (como copia de fotografía)

OFF-SET

“Palabra inglesa que significa ‘decalco’ (reporte litográfico)... se usa una máquina rotativa, y la impresión es indirecta, o sea no del molde al papel, sino del molde a un cilindro y de éste al papel... Las planchas son positivas, al revés que en los demás procedimientos de impresión... el resultado... resulta de inferior calidad que el de la tipografía tradicional; el hecho de que el molde no imprima directamente sino sobre un rodillo que está en contacto con el agua, hace que la tinta pierda brillo y la impresión resulte apagada... No obstante... existen métodos de off-set que no usan el agua de los mojadores, sino unas planchas con relieve muy tenue, que imprime directamente a la mantilla de caucho y de éste al papel; este sistema se llama offset seco...” Ibíd. p. 204.

Historia; “En 1920, el francés Grenier logró las primeras impresiones con este sistema, aunque los esfuerzos comenzaron en 1881”. Ibíd. p. 204. ¿Desde 1904 en la práctica?

Notas

1. Cecilia Dobles. “Una aproximación al conocimiento del oficio de la costura 1900-1960”; Carlos Hernández. “Permanencias y difuminaciones en el mundo del trabajo: una visión de la continuidad y el cambio en la tradición y las trayectorias laborales de los sastres costarricenses”; Javier Agüero y Rafael Cordero. “La transmisión intergeneracional de los oficios de cañero y de productor de granos básicos en el mundo rural costarricense (1880-1960)”; Mario Samper,

José Manuel Cerdas y colaboradores. "Tradiciones ocupacionales y discontinuidades laborales en familias costarricenses durante los siglos XIX y XX: interrogantes, hipótesis y reflexiones generales en torno a su historia comparada", todos en: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Vol. 25, Núm. 1, 1999.

2. Valga la oportunidad para agradecer los generosos y útiles comentarios al producto inicial en que se basa este trabajo, sustancialmente reelaborado por nuestra propia discusión posterior, alimentada por las sugerencias y observaciones que tuvieron a bien hacernos nuestros colegas Carlos Hernández, Iván Molina, Carmen Murillo, Arodys Robles y Patricia Vega.
3. Cf. Eugenia Rodríguez. "Que la mujer brille y se enaltezca por sus virtudes". Selección de documentos sobre las tipógrafas josefinas, 1903-1912". En: *Revista de Historia*, Nº 34 enero-junio de 1996, pp. 143-156, y el trabajo de Gabriela Villalobos centrado principalmente en la Imprenta Nacional, cuya versión más reciente se titula "Otro modo de ser... Las transformaciones en el mundo laboral de las imprentas josefinas, 1880-1904," y se incluye en la obra compilada por Iván Molina y Francisco Enríquez. *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000.
4. La Escuela de Historia de la Universidad Nacional creó la base de datos nominales de 1844, a partir de los padrones que se encuentran en el Archivo Nacional. El coordinador agradece al Lic. Edwin González su autorización para utilizarla con miras a este enlace, efectuado mediante una combinación de procedimientos: generación de listados alfabéticos para el conjunto de la población y para grupos ocupacionales específicos, así como procesamiento automatizado y semi-automatizado mediante el programa de enlace de archivos SEAN, desarrollado para este proyecto por el computólogo Lic. Luis Macías. La base de datos de 1904 fue creada en el Centro de Investigaciones Históricas, y agradecemos al Dr. Víctor Hugo Acuña su autorización para emplearla con este fin. La base de datos censal de 1927 fue generada por el proyecto "Transformación del censo de población de 1927 en base de datos nominales", coordinados por Mario Samper y ejecutados en el CIHAC.
5. Las entrevistas individuales fueron hechas a: Efigenio Acuña Monge, Efraín Blanco Montero, Andrés Borrásé, Jorge Castillo, Oscar Montero, y José Francisco Torres Marín. También se efectuó, con participación de todos los miembros del equipo, una entrevista colectiva a miembros de la *Sociedad de Tipógrafos*, la cual fue grabada en audio y filmada. La rica experiencia de interacción con informantes en este proyecto, junto con algunos otros, fue resumida en un trabajo que se encuentra en prensa: M. Samper. "Seis experiencias de

historia oral y un balance autoevaluativo". En: M. Samper (comp.). *Metodologías convergentes e historia social del cambio tecnológico en la agricultura*. Heredia: IPGH y Universidad Nacional.

6. Cecilia Dobles. "Una aproximación al conocimiento del oficio de la costura 1900-1960"; Carlos Hernández. "Permanencias y difuminaciones en el mundo del trabajo: una visión de la continuidad y el cambio en la tradición y las trayectorias laborales de los sastres costarricenses"; Javier Agüero y Rafael Cordero. "La transmisión intergeneracional de los oficios de cañero y de productor de granos básicos en el mundo rural costarricense (1880-1960)"; Mario Samper, José Manuel Cerdas y colaboradores. "Tradiciones ocupacionales y discontinuidades laborales en familias costarricenses durante los siglos XIX y XX: interrogantes, hipótesis y reflexiones generales en torno a su historia comparada", todos en: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Vol. 25, Nº 1, 1999.
7. Iván Molina. *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)*. San José: EUCR-EUNA, 1995.
8. Patricia Vega. *De la imprenta al periódico. Los inicios de la comunicación impresa en Costa Rica. 1821-1850*. San José: Editorial Porvenir, 1995.
9. Cf. los trabajos de Marcia Apuy. *Educación, mujer y sociedad. San José 1889-1949*. Tesis de licenciatura en Historia, Universidad Nacional, 1995; y Eugenia Rodríguez. "Ángeles en las imprentas". En: *Actualidades del CIHAC*. Año 2, Nº 7, marzo de 1996.
10. En una fase anterior de esta investigación participaron la Lic. Maríelos Acuña y la Lic. Virginia Mora. También se contó con la colaboración del computólogo Luis Macías, quien diseñó el programa de enlace de archivos SEAN, para efectuar pareo automatizado y semi-automatizado, y además generó listados alfabéticos de familias de tipógrafos a partir de las bases de datos. En otro componente del mismo proyecto participó la estadística Graciela Navarro.
11. Biblioteca Profesional Salesiana. *Técnica del arte de imprimir*. Tomo I Barcelona: Librería Salesiana, s.f., p. 29.
12. Para los párrafos anteriores y algunos de los subsiguientes, nos hemos basado parcialmente en la bibliografía citada en la sección tras anterior, sobre todo las obras ya mencionadas de Blen, Meléndez, Molina, y Vega, estudios en los cuales se reiteran aspectos sobre los cuales hay concordancia. Nos apoyamos asimismo en los resultados de nuestra revisión de la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, como también en estadísticas publicadas e inéditas y otras fuentes primarias y secundarias. En lugares específicos se harán algunas

referencias a tales fuentes, pero las mismas se han reducido al mínimo dado el carácter de este trabajo.

13. Cf. Lowell Gudmundson. "Materiales censales de finales de la Colonia y principios del período republicano en Costa Rica". En: *Revista de Historia*. Costa Rica. Volumen VI, Nº 11, enero-junio de 1985, pp. 209 a 216.
14. Iván Molina Jiménez. *El que quiera divertirse: libros y sociedad Costa Rica. (1750-1914)*. San José: EUCR-EUNA, 1995, p. 149.
15. Costa Rica. Dirección General de Estadística y Censos (DGEC). *Censo de Industria Manufacturera*. Años 1952, 1958 y 1964. Parece haber en los primeros un subregistro de pequeñas imprentas que luego tiende a reducirse, aunque es posible que también haya ocurrido un crecimiento de la rama y de los pequeñísimos talleres ("sin empleados").
16. Cf. *La Nueva Prensa*, 26 de abril de 1922, p. 2. *La Nueva Prensa*, 27 de abril de 1922, p. 3. *La Nueva Prensa*, 27 de abril de 1922, p. 1.
17. *La Aurora Social*. Año III, Nº 92, 22 de setiembre de 1914., p. 2.
18. Para el análisis de la Imprenta Alsina véase: Iván Molina Jiménez; "Al pie de la Imprenta. La empresa Alsina y la cultura costarricense (1903-1914)" En: *Avances de Investigación*. Centro de Investigaciones Históricas, Nº 69. San José: Universidad de Costa Rica, 1994. Publicación posterior en Iván Molina y Steven Palmer. *La Voluntad Radiante. Cultura impresa, magia y medicina popular en Costa Rica (1897-1932)*. San José: Editorial Porvenir-Plumsock Mesqamerican Studies, 1996, Primera Parte pp.17-72.
19. Cf. Eugenia Rodríguez. "Ángeles en las imprentas". *Actualidades del CIHAC*, Nº 7. San José: Universidad de Costa Rica, 1996, p. 1.
20. Estos datos proceden sólo del censo de 1964.
21. Los datos siguientes, sobre salarios de obreros en los años 30, 40 y 50 fueron tomados de: José Manuel Cerdas A. *Condiciones de vida de los trabajadores manufactureros de San José. 1930-1960*. Tesis de Maestría, Universidad de Costa Rica, 1994.
22. Víctor H. Acuña e Iván Molina. *Base de datos de Censo Municipal de 1904*. San José: Centro de Investigaciones Históricas, 1994.
23. Eugenia Rodríguez; Op. Cit., p. 2.
24. Carlos Hernández R. *De la represión a las fórmulas de consenso (1890-1943)*. Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Ciencias Sociales: Universidad Nacional, 1994. Cuadro 1.

25. *Hoja Obrera*. Año IV, Nº 162 jul. 6, 1913, p. 3.
26. Carlos Hernández R. *De la represión a las fórmulas de consenso (1900-1943)*. Tesis de Grado, Escuela de Historia, Universidad Nacional. Heredia, C.R., 1994. Anexo nº1.
27. Carlos Hernández R. Op. cit.; Anexos 2 y 3. Ahí registra, para el período 1900-1943, 11 huelgas y 4 "no concretadas". El semanario *Adelante* recogió conflictividad huelguística en la década de 1950, en particular entre 1952 y 1954.

Bibliografía

- Apuy, Marcia. *Educación, mujer y sociedad. San José 1889-1949*. Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Nacional, Costa Rica, 1995.
- Beltrán, Francisco. *El libro y la imprenta*, Madrid: F. Beltrán, 1931.
- Biblioteca profesional salesiana. *Técnica del arte de imprimir*, T. I, 5a. ed. Barcelona: Librería Salesiana, s.f.
- Blen, Adolfo. *El periodismo en Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, 1983.
- Cerdas Albertazzi., José Manuel. *Condiciones de vida de los trabajadores manufactureros de San José. 1930-1960*. Tesis de Maestría, Universidad de Costa Rica, 1994.
- Cerdas Albertazzi, José Manuel. "Los obreros en la época de la manufactura: sistemas y condiciones de trabajo en San José. 1930-1960". En: *Revista de Historia* (UNA/UCR). Nº 31, enero-junio 1995.
- Cordero, Julio Febres. *Historia del periodismo y de la imprenta en Venezuela*. Caracas: Academia Nacional de Historia, 1983.
- Costa Rica. Dirección General de Estadística y Censos (DGEC). *Censo de Industria Manufacturera*. Años 1952, 1958 y 1964.
- De Sousa Martínez, José. *Diccionario de tipografía y del libro*. Barcelona: Editorial Labor S. A., 1974.
- Gudmundson, Lowell. "Materiales censales de finales de la Colonia y principios del período republicano en Costa Rica". En: *Revista de Historia*. Costa Rica. Volumen VI, número 11, enero-junio de 1985.
- Gutiérrez, Pedro Rafael. *Introducción a la historia de la publicidad en Costa Rica*. San José: Jiménez & Tanzi, 1981.

- Gutiérrez, Pedro Rafael. *Cien años de historia a través de La Prensa Libre 1889-1989*. San José: s.e., 1989.
- Hernández Ospino, William. *Diccionario histórico del libro y de la biblioteca*. Turrialba, Costa Rica: AIBDA, 1983.
- Hernández Rodríguez, Carlos. *De la represión a las fórmulas de consenso (1990-1943)*. Tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Ciencias Sociales: Universidad Nacional, 1994.
- Huarte Morton, Fernando. *Cartilla de tipografía para autores*. Madrid: DGAB, 1955.
- Karch, Robert. *Manual de artes gráficas*. México: Centro Regional de Ayuda Técnica, 1966.
- Lines, Jorge. *Libros y folletos publicados en Costa Rica durante los años 1830 y 1849*. San José: Universidad de Costa Rica, 1944.
- Martínez, José. *Diccionario de tipografía y del libro*. Barcelona: Labro, 1974.
- Meléndez, Carlos. "Los veinte primeros años de la imprenta en Costa Rica. 1830-1849". En: *Revista de los Archivos Nacionales* (Costa Rica), No. 1 y 2, diciembre 1990.
- Molina Jiménez, Iván. *Al pie de la imprenta. La empresa Alsina y la cultura costarricense (1903-1914)*. Avances de Investigación del CIH (Costa Rica) N° 69, 1994. Publicación posterior en: Iván Molina y Steven Palmer. *La Voluntad Radiante. Cultura impresa, magia y medicina popular en Costa Rica (1897-1932)*. San José: Editorial Porvenir-Plumsock Mesoamerican Studies, 1996.
- Molina Jiménez, Iván. *De lo profano a lo devoto. El tráfico de libros en el Valle Central de Costa Rica (1750-1860)*. Avances de Investigación del CIHAC (Costa Rica). N° 60, 1992.
- Molina Jiménez, Iván. *El que quiera divertirse. Libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)*. San José: EUCR-EUNA, 1995.
- Molina Jiménez, Iván y Moya Gutiérrez, Arnaldo. "Leyendo 'lecturas'. Documentos para la historia del libro en Costa Rica a comienzos del siglo VEINTE". En: *Revista de Historia* (UNA/UCR) N° 26, julio-diciembre 1992.
- Núñez, Francisco María. *La evolución del periodismo en Costa Rica*. San José: s.e., 1946. La edición original es de la Editorial Minerva, 1921.
- Prado, Juan de Dios. *La imprenta y el impresor*. Caracas: Biblioteca del INCE, 1979.

- Rodríguez, César. *Diccionario bilingüe de las artes gráficas*. New York: George Humphrey Publisher, 1966.
- Rodríguez, Eugenia. "Ángeles en las imprentas". En: *Actualidades del CIHAC*, Año 2, número 7, marzo de 1996.
- Rodríguez, Eugenia. "Que la mujer brille y se enaltezca por sus virtudes. Selección de documentos sobre las tipógrafas josefinas, 1903-1912". En: *Revista de Historia*, Nº 34 enero-junio de 1996.
- Samper K., Mario. "De gentes anónimas y archivos nominales; una experiencia de integración entre análisis estadístico y prosopográfico". En: *Revista de Historia* (UNA-UCR) Nº 29, enero-junio 1994.
- Samper K., Mario. (Editor) *El censo de población de 1927: creación de una base nominal computadorizada*. Serie Trabajos de Metodología Nº 2, CIHAC, Universidad de Costa Rica, 1991.
- Samper K., Mario (Compilador) *Fuentes numérico-nominales e investigación histórica*. Serie Trabajos de Metodología Nº 4, CIHAC, Universidad de Costa Rica, 1995.
- Vargas, Deyanira. *Impresión y comercio del libro en Costa Rica*. Tesis de Licenciatura en Bibliotecología, Universidad de Costa Rica, 1977.
- Vega Jiménez, Patricia. *De la imprenta al periódico. Los inicios de la comunicación impresa en Costa Rica. 1821-1850*. San José: Editorial Porvenir, 1995.
- Villalobos, Gabriela. " 'Otro modo de ser...' Las transformaciones en el mundo laboral de las imprentas josefinas, 1880-1904". En: Iván Molina y Francisco Enríquez (comps.). *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000.